

HISTORIOGRAFÍA EN TIEMPOS DEL BICENTENARIO (VEINTICINCO AÑOS DE HISTORIA E HISTORIADORES VENEZOLANOS, 1988-2013)

Tomás Straka¹

Balace de una revolución historiográfica, a modo de introducción.

El 16 de junio de 1989 Manuel Pérez Vila dictó en el Instituto Pedagógico de Caracas una ponencia titulada “Quince notables características de la producción histórica en Venezuela (1958-1988)”². De algún modo, el texto marca el fin de una etapa en la historiografía venezolana. A treinta años de haberse fundado la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela (y, estrechamente vinculado con esto, de haberse instituido el sistema democrático en el país), la ponencia representaba una especie de epílogo -de alentador epílogo- a la famosa introducción que Germán Carrera Damas redactó para su *Historia de la historiografía venezolana* a principios de los años sesenta³: las críticas que a la historiografía venezolana le hacía el joven historiador llegado de su exilio mexicano, parecían haberse revertido, o al menos estar en trance de serlo, en las palabras del maestro catalán. Aunque

Pérez Vila era lo suficientemente precavido como para cantar victoria, su balance arrojaba un saldo muy positivo de la reforma de los estudios de historia que investigadores que Carrera Damas junto a otros colegas -a menudo con grandes conflictos entre sí- habían emprendido tres décadas atrás.

Así, mientras Carrera Damas denunciaba la pobreza temática como un mal de nuestra historiografía en 1961, Pérez Vila veía en 1988 una pluralidad de perspectivas que iban de la historia económica y social, la historia de las ideas vistas desde una perspectiva sociohistórica y la historia regional hasta incluso la historia del arte; mientras el primero acusaba fuertes cargas anecdóticas y literarias, unas metodologías precarias y una escasa elaboración conceptual y filosófica, el maestro *transterrado* encontraba un claro proceso de profesionalización, en las que las reflexiones teóricas habían dejado una huella muy significativa. Mientras Carrera Damas señalaba un “desorbitado culto al héroe”, ya Pérez Vila oteaba revaluaciones críticas sobre el Libertador. En fin, mientras el primero hacía una especie de manifiesto para iniciar la “revolución historiográfica”, por llamarla con un guiño a Peter Burke, que en efecto emprendió, el segundo daba cuenta de sus resultados. Treinta años en los que la apertura de escuelas universitarias y postgrados, en combinación con el clima de democracia (en general se respetaron las libertades

- 1 Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj” Universidad Católica Andrés Bello – Caracas
- 2 Manuel Pérez Vila, “Quince notables características de la producción histórica en Venezuela (1958-1988)”, *Tiempo y espacio*, No. 12/Vol. VI, Caracas, julio-diciembre 1989, pp. 9-12
- 3 Germán Carrera Damas, “Sobre la historiografía venezolana”, introducción a *Historia de la historiografía Venezolana (textos para su estudio)*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. X-LXXII

de cátedra y de expresión) y prosperidad (la profesionalización no sólo fue académica, también lo fue laboral: los historiadores podían vivir de sus cargos universitarios, contar con asistentes, viajar a eventos, publicar libros), pusieron las condiciones para darle un vuelco al panorama historiográfico. Aunque la "historia tradicional" demostraría una notable capacidad de supervivencia, y por eso todavía tenemos a tantos políticos y maestros enfrascados en la epopeya bolivariana, dentro del campo de la historiografía profesional ya las cosas estaban en otro nivel, en términos teóricos y metodológicos, muy superior⁴.

Casi han pasado veinticinco años de la ponencia de Pérez Vila. En este lapso, ¿qué ha sido de la historiografía venezolana? ¿Qué ha pasado con las tendencias que se identificaban en 1988? ¿Cuál es la historia que se escribe y que se estudia en Venezuela en este ciclo de fiestas bicentenarias, que tan requeridos han hecho a los historiadores? Si aquella conferencia cerraba una etapa, también habría otra, probablemente en la que seguimos estando –o acaso comenzamos a salir– en 2013. Las siguientes páginas esperan dar un esbozo al respecto con el ánimo de definir cuál es nuestra situación actual.

1980-1990, ¿La "década perdida"?

Cuando en 1989 Pérez Vila hablaba ante los estudiantes y profesores del Pedagógico, acababa de publicarse la obra colectiva de más aliento de la historiografía venezolana –y sin duda de las

mayores en lengua española– el *Diccionario de Historia de Venezuela*, editado bajo su coordinación por la Fundación Empresas Polar⁵. Aquella primera edición era de tres tomos con casi cuatrocientos colaboradores de las más variadas disciplinas, que en conjunto presentan el estado de la cuestión sobre un gran espectro de ámbitos y personajes de la vida venezolana. Para quien, como Pérez Vila, había llegado a la Venezuela de finales de los cuarenta en la que la Facultad de Filosofía y Letras apenas estaba abriendo, el cambio habría resultado sorprendente. Por ese entonces Pérez Vila también daba clases en la verdadera "escuela de historiadores" que había formado Federico Brito Figueroa en la Universidad Santa María, de Caracas, donde dirigía una maestría muy solicitada, de la que salieron muchos de los nombres en ascenso del momento⁶. La buena salud de la disciplina era evidente. Terminaba una década en la que la ciencia histórica había dado algunos virajes que se demostrarían muy importantes, que en gran medida se proyectan hasta hoy. Abundaban los congresos y revistas. En 1983, por ejemplo, comenzó a publicarse *Tierra Firme, revista de historia y ciencias*

5 *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Empresas Polar, 1988, tres tomos.

6 Los programas de especialización, maestría y doctorado en historia de la Universidad Santa María comenzaron en 1981. Sobre el tema, véase: T. Straka, "Federico Brito Figueroa: política y pensamiento historiográfico en Venezuela (1936-2000)", *Tiempo y espacio*, No. 36/Vol. XVII, julio-diciembre 2001, pp. 21-50; Reinaldo Rojas, *Federico Brito Figueroa, maestro historiador*, Barquisimeto, Fundación Buría, 2007; y José Pascual Mora, "La escuela de historiadores 'Federico Brito Figueroa': un ejemplo en la formación de investigadores en Venezuela", *Tierra Firme*, No. 103/Vol. XXI, 2008, pp. 295-317

4 Véase: María Elena González Deluca, *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007.

sociales, que llegará a nuclear un amplio movimiento de historiadores regionales en todo el país. En 1987 había aparecido la *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*⁷, de Pedro Cunill Grau, que desde entonces es una referencia obligatoria para quien quiera conocer al país durante el período; y en 1988 la empresa Lagoven, filial de Petróleos de Venezuela, editó cinco textos en su prestigiosa colección “Cuadernos Lagoven”, que ofrecían una visión global de la historia republicana del país. Redactados por protagonistas o vástagos de la profesionalización emprendida tres décadas atrás, rápidamente se convirtieron en clásicos: *Venezuela 1810-1830, aspectos desatendidos de dos décadas*, de Graciela Soriano de García Pelayo; *La idea política de Venezuela, 1830-1870*, de Diego Bautista Urbaneja; *Formulación definitiva del proyecto nacional, 1870-1900*, de Germán Carrera Damas; *Venezuela metida en cintura: 1900-1945*, de Elías Pino Iturrieta; y *El dilema octubrista, 1945-1987*, de Luis Castro Leiva⁸. Escritos con vocación de ensayos, destinados a presentar los grandes problemas que la historiografía profesional había identificado entonces, pero que aún estaban distantes del gran público (incluidos los maestros); y editados con abundante apoyo gráfico, gozaron de una gran acogida y como prueba de su vigencia y proyección, todavía se usan en muchas cátedras universitarias.

Sin embargo, no todo era miel sobre hojuelas. De hecho, muchos de lo que había propiciado aquellas realizaciones estaba por cambiar, y además por hacerlo para mal. No carece de importancia el

hecho de que Pérez Vila diera su charla en un Pedagógico que apenas se recuperaba de la arremetida de la que fue objeto durante los sucesos del Caracazo. No podemos imaginar ante cuántas personas habló ya que las clases estaban prácticamente suspendidas. Y esto, para angustia de los estudiantes que soñaban con graduarse algún día, se encadenaba a una sucesión de paros que los profesores habían venido haciendo desde 1985 y que en 1988 desembocaron en uno indefinido (que a la postre duró cuatro meses, es decir, un semestre académico). El dato es importante para entender el contexto en el que se desarrolló la historiografía venezolana de los siguientes veinticinco años. La de 1980 si bien estuvo, como hemos visto, muy lejos de ser una “década perdida” para la historiografía venezolana, en otros aspectos el país experimentaba una inflexión en algunos de sus aspectos esenciales. El clima de bonanza que vivía desde la década de 1930 y el de paz y democracia que, con sus grandes desniveles, tenía desde 1958, estaba llegando a su final. Por eso, tanto el ánimo que traslucen las palabras de Pérez Vila, como el que hoy estamos tentados a tener cuando vemos la atención que recibe la producción historiográfica, deben ser matizados.

Nos explicamos: para el momento en que se escriben estas líneas (2013) hay libros de historia que logran colarse entre los de autoayuda y de vampiros en las listas de los más vendidos, en una tendencia que llegó a ser aún mayor cuatro o cinco años atrás⁹; muchos

7 Caracas, Presidencia de la República, 1987, tres tomos.

8 En todos los casos el pie de imprenta es: Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988.

9 En febrero de 2012, *El fabricante de peinetas*, de Inés Quintero, fue el libro más vendido de Venezuela (<http://www.elmundo.com.ve/noticias/estilo-de-vida/libros/los-libros-mas-leidos-en-venezuela-y-latinoamerica.aspx>). Justo

historiadores se han vuelto invitados habituales de los medios de comunicación; y aunque en Caracas cerró la maestría de historia de la Universidad Santa María, se han abierto programas de postgrado en diversos puntos del país –Barquisimeto, Mérida, Margarita, Valencia, Guayana, entre otros– así como una nueva escuela de historia en Guárico y numerosos diplomados y cursos no conducentes a títulos que atraen a un considerable público. A su vez, el Estado creó un nuevo organismo para promover el estudio de la historia desde el visor que promueve, el Centro Nacional de Historia, un poco en contraposición de la Academia Nacional de la Historia, dominada por figuras de oposición. Ambos, la segunda con más limitaciones presupuestarias que el primero, llevan adelante una intensa política de publicaciones. La historia, pues, parece haber salido de los claustros. El punto es que la gente compra esos libros y asiste a las conferencias y cursos para comprender un contexto en el que la proclamación de una nueva república (la quinta), que se contrapone a las “cuatro” anteriores; en el que la advocación de Simón Bolívar y otros personajes históricos –Ezequiel Zamora, Guaicaipuro, Cipriano Castro– se ha metido en su vida diaria; en suma, en el que las fiestas de los bicentenarios forman parte de la propaganda y los debates políticos. Como la evaluación que se tenga del pasado, en especial del

período de 1958 a 1998, determina la justificación (o no) que haga cada quien del régimen actual, se explica que un libro tan denso como *Rómulo histórico*, de Germán Carrera Damas, se haya vuelto un éxito editorial¹⁰.

Pero al mismo tiempo, todo este contexto de crispación política se conecta (casi podría decirse que es en buena medida resultado) de la crisis económica que viene rodando como una bola de nieve desde los años ochenta y que en el Caracazo y las grandes huelgas universitarias tuvieron algunas de sus manifestaciones más contundentes. La consecuencia es que el costado laboral de la profesionalización de los historiadores ha entrado en peligro: los buenos presupuestos universitarios que les permitieron en los años sesenta y setenta investigar, viajar y publicar sin grandes problemas, ya sean cosa del pasado¹¹. Por eso el panorama también debe incluir los riesgos que se ciernen sobre la academia el día de hoy, especialmente si los medimos por el bajo número de jóvenes dispuestos a ocupar cátedras universitarias, o por la necesidad de aquellos que lo hacen de combinarlas con otros trabajos en liceos, en organismos o proyectos gubernamentales (cuando la filiación política lo permite) o incluso en empresas de

un año después biografía de Simón Bolívar escrita por Elías Pino Iturrieta se ubicaba en esta lista (<http://yaesnoticia.com/informativos/estos-son-los-libros-mas-vendidos-en-febrero-del-2013/>). En 2010 La herencia de la tribu. Del mito de la independencia a la Revolución Bolivariana, de Ana Teresa Torres, se convirtió en un verdadero suceso de ventas (encabezando el top ten muchos meses).

10 Caracas, Editorial Alfa, 2013.

11 A partir de 2006 el presupuesto de las universidades se ha ido reconduciendo, con todo lo que eso significa en un país con una de las inflaciones más altas del mundo, con un promedio de casi el 30% anual durante la última década (para las cifras oficiales: <http://www.bcv.org.ve>). Véase: Carmen García Guadilla y otros, *Informe Venezuela*, proyecto CINDA-Educación Superior Iberoamericana, 2006 (<http://www.universia.net/wp-content/uploads/INFORME-VENEZUELA.pdf>).

cualquier otra índole¹². A su modo, es un proceso de des-profesionalización. Aunque menos que en otras áreas, algunos han comenzado a emigrar, y si todavía no hay una “historiografía de la diáspora”, como ya hay una potente “literatura de la diáspora”, todo indica que muy pronto puede haberla. Por último, los enfrentamientos políticos por los cuales invitan a los historiadores a la televisión o se logran vender sus libros, también han hecho que cualquier tesis que esboce sea evaluada en función de la actualidad política, más que por cualidades académicas.

El caso es que mientras hay más gente que nunca estudiando y leyendo historia, se han reducido las oportunidades para vivir de ella. No sabemos qué se impondrá al final, es decir, si lo hará la tendencia que vemos de la asunción de la historia por la sociedad, o la que conlleva los problemas presupuestarios. Es, de nuevo, un clima de incertidumbre que nos remite a los años ochenta. En 1985 la Universidad Metropolitana, de Caracas, organizó un ciclo de conferencias titulado “Apreciación del proceso histórico venezolano”. Pérez Vila, Carrera Damas, Eduardo Arcila Farías,

Nikita Harwich Vallenilla, Castro Leiva y Ramón J. Velásquez se encargaron de hacer las exposiciones, pero la conferencia inaugural quedó en manos de Arturo Uslar Pietri. Normalmente visto con recelo por los historiadores profesionales, en este caso el escritor demostró un notable conocimiento –y en especial entusiasmo– por la “revolución historiográfica” –ahora sí plenamente en clave de Burke– de la Escuela de los *Annales*. Debió ser toda una sorpresa para aquellos que siempre lo señalaron como un “conservador” en todo en lo que fuera posible serlo –estilísticamente, políticamente, historiográficamente– oírlo disertar sobre Le Roy Landurrie y Fernand Braudel, acaso como la prueba definitiva del cambio que había dado nuestra historiografía: ¡así estaban ya las cosas que hasta Uslar se suscribía a los *Annales*!. Sin embargo termina la conferencia con sus permanentes angustias sobre el futuro de Venezuela. Tenía ante sí un auditorio formado por jóvenes estudiantes, por cuyo destino albergaba grandes temores:

“¿Qué va a ser ese país [una tentativa Venezuela post-petrolera]? ¿Va a ser un recaer en la miseria, lleno de inmensos problemas insolutos, decepcionado, escéptico, pesimista, negativo? ¿Va a ser un país con un sentido del rumbo, adaptado a las necesidades y reclamos de su tiempo, preparado para enfrentar el futuro, creando el futuro, porque el futuro lo creamos los hombres y no nos llueve del cielo, que ha aprovechado esta riqueza para echar las bases de una riqueza petrolera no permanente?”¹³

12 Según revela un estudio coordinado por Carmelo Marsullo, José Luis Sánchez y Hernando Herrera, de la Universidad de Oriente, en 2013 un profesor de una universidad pública venezolana gana en promedio 1,4 salarios mínimos, cuando en 1982 ganaba 7,9 (http://www.dia-rioregion.com/seguir_leyendo.php?id=1186#.UIYubGBUpjo). El sueldo de los profesores de las universidades públicas venezolanas es el más bajo de América Latina: alrededor de US\$ 500,00, cuando en Brasil oscila en torno a los US\$ 5.000,00 (¡diez veces más!) y en México a unos US\$ 3.000,00 (Universidad de Carabobo, *Boletín digital universitario*, mayo 2013, <http://boletin.uc.edu.ve/index.php/actualidad/61489-sueldos-de-los-docentes-universitarios-de-venezuela-entre-los-mas-bajos-del-mundo>).

13 Arturo Uslar Pietri, “¿Qué es la historia?”, *Apreciación del proceso histórico venezolano*.

Dejemos al lector las respuestas. No obstante, habrá consenso en que estamos lejos de ser un país post-petrolero. También en que son unos cuantos los problemas que no se resolvieron (a veces están peores) y que, con razón o sin ella, también han vuelto a no pocos venezolanos escépticos y los pesimistas. Este es el panorama en el que hoy investigamos y escribimos. Veamos brevemente cómo y de qué.

Sumario para un panorama

En el año 2000 José Ángel Rodríguez compiló un grueso volumen -729 páginas- en el que cuarenta historiadores jóvenes y consagrados exponían el estado de la cuestión en sus respectivas especialidades, bien desde una perspectiva teórica, o bien desde la experiencia de sus últimas investigaciones. Así, bajo el título de *Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI*¹⁴, la nueva centuria también despuntaba con perspectivas alentadoras: tendencias que venían desde los ochenta había adquirido plena consolidación, y autoras como Graciela Soriano de García Pelayo y Elena Plaza reflexionaban sobre las historias de política y la de las ideas políticas sobre la base de ejecutorias muy sólidas; Marisol de Gonzalo daba un panorama sobre la historia diplomática, José Rafael Lovera otro sobre la historia de la alimentación y el libro reproducía el muy famoso y estudiado ensayo de Aristides Medina Rubio "Teoría, fuentes y método de la historia regional". Al mismo tiempo

se abría un piélago de temáticas y enfoques que apenas se esbozaba entonces y que hablaba de una historiografía de aliento multidisciplinario. Dora Dávila explicaba de qué iba la nueva historia social y Luis Felipe Pellicer de qué iba la de las mentalidades; Arturo Almandoz Marte demostraba la importancia de la historia del urbanismo y Francisco Javier Pérez de la que tiene la de la lingüística; Margarita López Maya advertía que lo popular es un tema legítimo para la historia, Gerardo Vivas Pineda le revelaba a los venezolanos que el mar también lo es, mientras Carlos Duarte, Juan Carlos Palenzuela, Morella Barreto, José Miguel Acosta y Fidel Rodríguez Legendre dejaban en claro que las historias de la música, las artes visuales, el cine y el patrimonio cultural son fundamentales para quien quiera investigar el pasado de cualquier sociedad. Pedro Enrique Calzadilla subrayaba la importancia de los testimonios de los viajeros como fuentes históricas, mientras el compilador tuvo el acierto de reproducir un texto de la ya entonces fallecida Jousune Dorronsoro sobre la que tiene la fotografía en la investigación.

El libro es una especie de quién es quién de la historiografía venezolana del momento. Viéndolo a la distancia de trece años son varias cosas las que se pueden desprender como balance: primero, que hoy sería muy difícil reunir a grupo tan plural de historiadores -más allá de lo académico, todos tenían claras posturas políticas- comoquiera que la polarización que empezó a desarrollarse a partir de entonces los dividió, como a casi toda la sociedad, en dos bandos (en este caso, la mayoría se ubicó en el de la oposición). En segundo lugar, la compilación tal vez está muy centrada en la

Caracas, enero-julio 1985, Caracas, Universidad Metropolitana, s/f, pp. 23-37

14 José Ángel Rodríguez (Comp.), *Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI*, Caracas, Academia Nacional de la Historia/ Universidad Central de Venezuela, 2000

UCV, cuando en el resto de Venezuela, especialmente en torno a la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, en Mérida, a los postgrados de historia de La Universidad del Zulia, en Maracaibo, y de la Fundación Buría en Barquisimeto, había una producción muy consistente. Pero lo más importante es que, descontando este último aspecto, la selección de José Ángel Rodríguez se ha probado muy acertada: aquellos resultaron ser efectivamente los "historiadores del siglo XXI"; las líneas que proyectaron fueron las que, en grados mayores o menores, se impusieron en la siguiente década. Prácticamente todos siguen trabajando en la actualidad (y, salvo algunas excepciones, trabajando en Venezuela). Muchos incluso ya van teniendo algunos discípulos capaces de darles continuidad a sus enfoques.

De un modo u otro, puestos en 2013 y mirando el camino recorrido desde la ponencia de Pérez Vila, podemos atisbar algunas tendencias, naturalmente susceptibles de discusión y no excluyentes de otras, que caracterizan la hora actual. En general, las distintas corrientes y ámbitos histórico-historiográficos han experimentado giros importantes, en ocasiones creando escuelas y aportando obras que parecen destinadas a trascender en el tiempo. Lo que sigue es apenas un sumario, unas líneas para la discusión que sólo enumeran las obras y tendencias que el autor percibe como más características. Aunque siempre tratará de argumentar sus ideas, no deja de advertir el carácter preliminar de los planteamientos, en gran medida porque se trata de un proceso en pleno desarrollo, y en parte porque las dimensiones del trabajo no permiten más que un esbozo. Veamos:

1. *La muerte del "historiador encubridor"*: En lo que pudiera definirse como un verdadero manifiesto historiográfico, en 1984 Elías Pino Iturrieta señalaba el peligro que entonces amenazaba a los historiadores que "con el deseo de re-vestirnos de más actualidad, de mayor vigencia, o para ataviarnos con un flamante ropaje tecnocrático" abandonan "las operaciones básicas del método histórico", para caer en "la construcción de generalizaciones endebles cuya meta es la demostración de las fórmulas teóricas de las otras disciplinas sociales". Así, "la dependencia; Marx; los bloques de poder; Gramsci; la lucha de clases; Huntington; el socialismo real; el Tercer Mundo; Kadaffy (sic); las transnacionales; Hirshman; las etapas del crecimiento; Popper; el museo viviente; Rostow; etc...." sean "la clave, la tarjeta perforada" para entender el pasado. Esto implicaba que algunos se desviaban de la "exploración y determinación de los documentos, sus críticas interna y externa, la ordenación y filiación de datos". En fin, "el ejercicio de muchos de nuestros historiadores se asemeja a la práctica del vudú (...) sólo logran transmitir el mensaje de un elenco mayor y omnisciente de autoridades -los maestros de la Sociología, la Economía, la Psicología y la Politología- cuyas pautas, según creen firmemente, resultan apropiadas para registrar los orígenes de la sociedad contemporánea."¹⁵

Como con las tarjetas perforadas, este sistema de *encubrir* a otras disciplinas con la etiqueta de la historia cuando en realidad no lo son, ha sido dejado de

15 Todas las citas han sido tomadas de: Elías Pino Iturrieta, "Historiador-encubridor", *Tierra Firme, revista de historia y ciencias sociales*, No. 5/Vol. II, enero-marzo 1984, pp. 7-13

lado. Esa es la primera característica que agregamos a este sumario. Tal vez el liderazgo del mismo Pino Iturrieta y su influencia en toda la generación que se formó en las décadas de 1980 y 1990 haya ayudado a eso; pero también ayudó la crisis del marxismo que siguió a la Caída del Muro de Berlín. Aunque en el elenco de "maestros" citados hay hombres como Popper e incluso Gadafi -que en efecto entusiasmó a muchos en la universidad venezolana- la quiebra del socialismo real generó una gran desconfianza en todas las teorías de pretensiones omniexplicadoras; desconfianza que en algún grado atizó inmediatamente después con la posmodernidad, entiéndase lo que se entienda por ella. El resultado fue un retorno al estudio de problemas concretos como tendencia dominante, con resultados en muchos casos notables. Zafarse del paciente trabajo en archivos por la simple extrapolación de una teoría sociológica o económica es algo que hoy tiene tanta vigencia como las tarjetas perforadas o los disquetes de 5 ¼. No es que esas teorías dejaran de ser útiles, es que no pueden sustituir (encubrir) lo específico del método histórico.

Pero todo tiene sus lunares. El problema es que al mismo tiempo esto ha generado un cierto empobrecimiento en las discusiones teóricas. Llegar a un punto medio, retornar a las teorías con un sentido crítico y sin imposturas, es un reto que debemos asumir en lo inmediato. En especial lo es en el ámbito de la historiografía, en el que habría que reimpulsar el esfuerzo que en la década de 1990 adelantó el Grupo de Investigación sobre historiografía de Venezuela (GIHV), que lideró Enrique Alí López en la Universidad de los Andes, que

organizó varios eventos internacionales, llegó a publicar una revista y que acaso fue el que llevó más lejos a la herencia de Carrera Damas¹⁶. Tal vez puede matizar un poco este desinterés por lo teórico e historiográfico, las reflexiones que en torno a la *política de la historia* han llevado adelante algunos autores, pero esto ya es tema del siguiente punto.

2. *Reaparición de lo político*: En una conferencia pronunciada en octubre de 1994, Manuel Caballero esgrimía la necesidad de rescatar "lo político" para los estudios históricos¹⁷. En efecto, una de las grandes consecuencias del marxismo, y en general de la asunción de la historia como ciencia social durante las décadas de 1960 y 1970, había sido el abandono de lo político por la mayor parte de los historiadores venezolanos. Como en la Francia de los *Annales*, frente a la historia política de "derecha", había que alzar una historia social de "izquierda"; es decir, frente a la Historia Patria tradicional, de batallas y presidentes, había que hacer una reinterpretación crítica de estos hechos y personajes capaz de evaluarlos como parte de una dinámica socioeconómica o, mejor aún, había que centrarse sólo en esta dinámica que ya lo demás vendría por añadidura. Si bien Caballero no rompía lanzas por la vieja historia *política* -y nadie lo ha hecho- sí señalaba que la historia de *lo político* ("el Poder y sus relaciones, y su dinámica, y su realidad"¹⁸), era una

16 *Historiográfica. Revista de estudios venezolanos y latinoamericanos*, cuyo primer número apareció en el 2000.

17 Manuel Caballero, "De lo político a la política" en *Ni Dios ni Federación. Crítica de la historia política*, Caracas, Editorial Planeta, 1995, pp. 13-28

18 *Ibidem.*, p. 23

"<ciencia encrucijada> al haber ampliado su perspectiva a la casi totalidad de los campos de la realidad colectiva"¹⁹. Caballero podía presentar su obra como prueba. Acababa de publicar su famosa *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1902-1992)* (1993) y pronto saldría a luz su varias veces reeditado *Gómez, el tirano liberal* (1995)²⁰.

Las palabras de Caballero cayeron en terreno fértil. Atrás habían quedado los días en los que la *Historia de Venezuela* (1971)²¹ de Guillermo Morón era el contrajemplo del que se advertía a los alumnos de la Escuela de Historia²², mientras la *Historia económica y social de Venezuela* (1966)²³ de Federico Brito Figueroa se perfilaba como modelo. Aunque nadie niega que, más allá de los extremos e injusticias (por ejemplo con Morón) en que se cayeron, esta ruptura con la tradición significó un paso necesario y muy importante para renovar nuestra historiografía, a cuarenta y tantos años de todo aquello ahora vemos virtudes en la obra de Morón que hubieran sido anatemas en los años setentas, o nos parece que la "historia militante" de Brito Figueroa se deja llevar demasiado por lo ideológico, al menos cuando se refiere al siglo XX.

Sin embargo, también se estaban operando otras cosas en favor del retorno a lo político. Nuevamente, la crisis del marxismo a partir de la década de 1990 ayudó en el alejamiento de los determinismos económicos y sociales; pero tal vez más importante fue la revolución que poco a poco se estaba desarrollando a pocos metros de la Escuela de Historia en la Ciudad Universitaria de Caracas se estaba perfilando una nueva corriente en la Escuela de Ciencias Políticas. Bajo el liderazgo de Manuel García Pelayo, era muy difícil que sus discípulos no se dejaran tentar por temas históricos. Su esposa, Graciela Soriano de García Pelayo, será una de ellas; así como lo es Diego Bautista Urbaneja, que en un famoso ensayo de 1976 introdujo la historia intelectual anglosajona a Venezuela²⁴. Conjuntamente, en el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de Caracas, Luis Castro Leiva hará otro tanto a los largo de las décadas de 1980 y 1990. Los tres formaron una escuela que actualmente sigue muy activa, entre los que se destacan Carole Leal Curiel, Fernando Falcón y Carolina Guerrero²⁵;

19 *Ibidem*, p. 24

20 En ambos casos en Caracas, bajo el sello de Monte Ávila Editores.

21 Guillermo Morón, *Historia de Venezuela*, Caracas, Italgráfica, 1971, 5 volúmenes.

22 Al respecto es un clásico el trabajo de Angelina Lemmo, *De cómo se desmorona la historia: observaciones a la "Historia de Venezuela" de Morón*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1973.

23 Federico Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1966, dos volúmenes (se elevaron a cuatro para su edición definitiva en 1987).

24 Diego Bautista Urbaneja, "Consideraciones sobre metodología en la historia de las ideas políticas", *Politeia*, No. 5, 1976, pp. 185-222

25 Los tres han participado en el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones 1750-1850*, (Madrid, Iberoconceptos/Fundación Carolina/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009), aunque se destaca Carole Leal Curiel, que es una de las editoras; Fernando Falcón publicó *El cadete de los valles de Aragua: pensamiento político y militar y los conceptos de guerra y política en Simón Bolívar, 1797-1814*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006; y Carolina Guerrero, *Liberalismo y republicanismo en Bolívar (1819-1830): usos de Constant por el padre fundador*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2005.

y tras ellos todo un grupo muy prometedor de jóvenes que apenas rondan los treinta años, que han sido sus alumnos y colaboradores, y que ya tienen trabajos muy importantes, como en el caso de Guillermo T. Aveledo Coll²⁶. Siguiendo a sus modelos ingleses y norteamericanos, temas como los del liberalismo y el republicanismo, en especial los del siglo XIX, han ocupado su agenda.

Ahora bien, a estos historiadores intelectuales cuyas influencias se remiten sobre todo a J. G. A. Pocock y Quentin Skinner y su formación se asienta en la politología, hay que sumar a los que la recibieron a través del gigantesco impacto que tuvo François-Xavier Guerra en el mundo hispanohablante. Así, el tema de la modernidad política ha ocupado un espacio muy importante en la abultada producción historiográfica del Bicentenario, con nombres como los de Inés Quintero, Gustavo Vaamonde y jóvenes como Ángel Almarza²⁷. Por

último, no pueden dejarse de señalar otros tres fenómenos que este contexto político ha impulsado: primero, el hecho de que al margen de la historia intelectual otros autores, algunos ya de dilatada obra, se acerquen también a lo político. Descuella, por sus reflexiones teórico-metodológicas, Germán Carrera Damas, con sus dos últimas monografías: *Colombia, 1821-1827: aprender a edificar una república moderna liberal* y *Rómulo Histórico*²⁸; pero también podrían citarse trabajos de Naudy Suárez Figueroa y de Oscar Battaglini. Junto a esto, en segundo lugar, el reingreso de los militares al gran protagonismo en la escena política venezolana, ha llamado la atención de numerosos historiadores. Ellos han empezado a estudiar las relaciones civiles-militares, el pensamiento militar y la nueva historia militar. Encabezados por Domingo Irwin, que en buena medida fundó la corriente en la década de 1990, ya hay nombres como los de Fernando Falcón, Luis Alberto Buttó, José Alberto Olivar, Germán Guía Caripe, entre otros, que están produciendo trabajos originales y de gran pertinencia para la comprensión del país²⁹. Finalmente, la

26 Guillermo T. Aveledo Coll, *Pro religione y patria: república y religión durante la crisis de la sociedad colonial en Venezuela (1810-1834)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia/ Universidad Metropolitana, 2011

27 Gustavo Vaamonde y Ángel Almarza han sido ganadores del importante premio Rafael María Baralt, que otorga la Academia Nacional de la Historia, con sus respectivos trabajos *Los novadores de Caracas: La Suprema Junta de Gobierno de Venezuela de 1810 a 1811* (Caracas, Academia Nacional de Caracas, 2009) y *Por un gobierno representativo. De la Junta Central al gobierno de Cúcuta. Génesis de la República de Colombia* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2013). Dentro de su amplia obra, Inés Quintero se distinguió con *La conjura de los mantuanos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2002; y sobre todo con su super éxito de ventas, *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Caracas, Fundación Bigott, 2005. Inés Quintero se ha convertido, proba-

blemente, en la historiadora más popular del momento. No es justo encasillarla en una sola corriente, ya que el espectro de sus intereses trasciende lo político, para también adentrarse en lo social, por ejemplo en la perspectiva de género.

28 Respectivamente: Caracas, Universidad Central de Venezuela/Academia Nacional de la Historia, 2010; y Caracas, Editorial Alfa, 2013.

29 Una síntesis de la obra y el pensamiento de Domingo Irwin, puede leerse en su trabajo escrito a cuatro manos con Ingrid Micett: *Caudillos, militares y poder: una historia del pretorianismo en Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2008. Otros textos destacables: Germán Guía Caripe, *La Recluta forzosa y su transición al Servicio Militar 1908-1933*,

fuerza que el tradicional historicismo político bolivariano adquirió con la llegada de Hugo Chávez al poder, ha llamado la atención de muchos autores sobre los problemas historiográfico-políticos o de las políticas de la historia y de la memoria³⁰.

El resultado es que cualquiera que revise las tesis, las comunicaciones en eventos y los artículos publicados del año 2000 para acá, verá cómo lo políti-

co captó la atención de un porcentaje muy alto de las nuevas promociones de investigadores.

3. *La reconfiguración de la historia regional*: En 1983 se fundó *Tierra Firme*, revista de historia y ciencias sociales. Impulsada por Arístides Medina Rubio y Pedro Calzadilla padre, en su consejo de redacción figuraban Elías Pino Iturrieta, Germán Cardozo Galué, Carlos Viso, Nelson Paredes Huggins y Hugo Castellanos. Se trataba de un grupo de profesores universitarios preocupados por renovar los estudios históricos en Venezuela y dispuestos a hacerlo con una publicación que pagaban de sus bolsillos. Nunca se imaginaron del éxito que pronto alcanzarían. En torno a *Tierra Firme* lograron nuclearse diversas iniciativas que venían adelantándose a lo largo del país, en las que maestros, cronistas y algunos cuantos historiadores profesionales empezaban a estudiar sus localidades y regiones. La idea era crear una visión alternativa, más compleja y real, de la historia venezolana que, como todas las historias nacionales, pecaba de homogeneizadora y totalizante. Germán Cardozo Galué y Medina Rubio, que pronto se convirtieron en los líderes, se habían doctorado en el Colegio de México durante la década de 1970, y de allá trajeron la herramienta teórica y metodológica para lograr el cometido: la microhistoria de Luis González y González. Ya en 1979 se crea el Centro de Estudios Históricos de la Universidad del Zulia, dirigido por Cardozo Galué; y a partir de 1980 comenzaron a reunirse los Coloquios (y después congresos) de Historia Regional³¹. Poco a poco fueron

Caracas, *Centro Nacional de Historia*, 2009; y los colectivos que nos aportan un estado de la cuestión: Raúl Meléndez, Luis Alberto Buttó y José Alberto Olivar (Edts.), *De la huerte indiana al pretorianismo del siglo XX: relaciones civiles y militares en la historia de Venezuela*, Valencia, Asociación de Profesores de la Universidad de Carabobo, 2012; y Alejandro Cardozo y Luis Alberto Buttó (Edts.) *El incesito republicano: relaciones civiles y militares en Venezuela 1812-2012*, Caracas, Editorial Nuevo Aires, 2013. En cuanto a la nueva historia militar, el texto de Fernando Falcón *El cadete de los valles de Aragua: pensamiento político y militar y los conceptos de guerra y política en Simón Bolívar, 1797-1814*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006, también debe verse como un trabajo fundacional en el área.

- 30 Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003; Germán Carrera Damas, *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de remplazo*, Caracas, Ala de Cuervo, 2005; Manuel Caballero, *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión anti-patriótica*, Caracas, Editorial Alfa, 2006; Tomás Straka, *La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2009; Ana Teresa Torres, *La herencia de la tribu: del mito de la independencia a la Revolución Bolivariana*, Caracas, Editorial Alfa, 2009; Inés Quintero (Coord.), *El relato invariable. Independencia, mito y nación*, Caracas, Editorial Alfa, 2011. El clásico de Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar; esbozo para un estudio de historia de las ideas en Venezuela* (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969), ha tenido sus quinta, sexta y séptima ediciones en 2003, 2008 y 2013, respectivamente.

31 El XII Congreso de Historia Regional y Local se reunió en Cumana en julio de 2013. Promovido ahora por el Centro Nacional de Historia

apareciendo monografías que literalmente rescribieron la historia del país³². Trabajos como el de Cardozo Galué sobre la región de Maracaibo, el de Tarcila Briceño de Bermúdez sobre el comercio en el Orinoco o los de Carlos Viso sobre la región pariana, por sólo poner tres ejemplos, son ineludibles no sólo para quienes estudien estas regiones, sino también todo el país³³.

Paralelamente, Federico Brito Figueroa había fundado los postgrados en historia en la Universidad Santa María, de Caracas, en 1980. Aunque su enfoque no era el de la microhistoria, también impulsó el estudio de lo regional cuando encaminó a sus discípulos a estudiar los grandes problemas de la historia económica y social a través de casos específicos. Así, y de nuevo por sólo citar tres casos, Reinaldo Rojas estudió la encomienda a través del pueblo de Duaca, en un trabajo que pronto se convertiría en un modelo para otros investigadores; Catalina Banko estudió las reformas de carácter capitalista en la Venezuela re-

cién independizada a través de las casa comerciales de Caracas y La Guaira; y Adelina Rodríguez Mirabal analizó el problema tierra a través del hatu llanero en la colonia³⁴. En 1985 Reinaldo Rojas y Brito Figueroa crearon la Fundación Buría, en Barquisimeto. Desde ella se han impulsado los estudios históricos en la región a través de publicaciones, seminarios, congresos y postgrados. El día de hoy organiza el congreso de historia más grande de Venezuela.

Aunque en la actualidad los estudios regionales no representan un movimiento con la fuerza que los caracterizó en las décadas de 1980 y 1990, las escuelas sembradas en todo el país siguen dando frutos. Del interés por reconstruir la historia en sí de una localidad o una región, trabajos como los de Isaac López, Elina Lovera Reyes, José Pascual Mora o Francisco "Larry" Camacho³⁵ se centran en sus regiones para atender problemas de

—cuando en sus inicios era organizado por una red autónoma de historiadores, nucleados en torno a *Tierra Firme*— se celebró en "Homenaje al Comandante Hugo Chávez". Aunque no por eso dejaron de presentarse trabajos de gran solvencia académica, el gesto le restó al carácter plural que estos eventos siempre tuvieron.

- 32 Hemos estudiado el tema en: T. Straka, "Geohistoria y microhistoria en Venezuela: reflexiones en homenaje a Luis González y González", *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, No. 42, julio-diciembre 2005, pp. 87-112
- 33 G. Cardozo Galué, *Maracaibo y su región histórica, el circuito agroexportador, 1830-1860*, Maracaibo, La Universidad del Zulia, 1991; Tarcila Briceño de Bermúdez, *Comercio por los ríos Orinoco y Apure. Segunda mitad del siglo XIX*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 1993. Carlos Viso difundió su obra principalmente a través de artículos en *Tierra Firme*.

34 Adelina Rodríguez Mirabal, *La formación de llatifundio ganadero en los Llanos de Apure: 1750-1800*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987. Catalina Banko, *El Capital comercial en La Guaira y Caracas, (1821-1848)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990; Reinaldo Rojas, *El régimen de la encomienda en Barquisimeto colonial: 1530-1810*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1995.

35 Elina Lovera Reyes, *De leales monárquicos a ciudadanos republicanos. Coro 1810- 1858*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2006; J. Pascual Mora-García, *La dama, el cura y el maestro (la historia de la educación y de las mentalidades en la vicaría foránea de La Grita y región andina venezolana)*, Mérida, Universidad de Los Andes, 2004; Francisco Camacho, *Redes, élites y poder social en Barquisimeto. El club del comercio 1941-1958*, Barquisimeto, Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, 2007; Isaac López, *La elite coriana en el proceso de independencia: el caso de la familia Garcés*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2010.

interés regional. Con eso a la vez que aumentan el conocimiento sobre la región, ofrecen elementos para diálogos amplios con otros investigadores de intereses diversos. Tal vez por la búsqueda de temas distintos a la fundación y poblamiento de las localidades, vemos un interés cada vez más centrado en los siglos XIX y XX, que ha desplazado a la historia colonial que dominaba las investigaciones en las dos décadas anteriores.

En todo caso, asistimos a una reconfiguración de la historia regional a la que se suman los aporte desde otros ámbitos que no debemos obviar, como la historia oral, la antropología y la etnohistoria³⁶, lo que ha ampliado la temática y las fuentes, así como las perspectivas del devenir histórico venezolano.

4. *La geohistoria como asignatura obligatoria*: La Ley Orgánica de Educación de 2011, es la primera en tomar partido por una corriente histórico-historiográfica: en su artículo 15 señala que uno de los fines de la educación venezolana es “formar ciudadanos y ciudadanas a partir del enfoque geohistórico...”. Sin duda, es un gran triunfo político por parte de una escuela surgida en la década de 1980 con sus raíces en la geografía radical marxista, que pudo tomar de sorpresa al resto de la comunidad académica que no ha estado relacionada con lo que se discutía en los institutos pedagógicos y liceos del país.

En efecto, en 1984 el geógrafo Ramón Tovar publicó su famoso ensayo titulado, precisamente, “El enfoque

geohistórico”³⁷. La propuesta esencial es el estudio del espacio como producto de la interacción entre la Sociedad y la Naturaleza; lo que implica que el espacio geográfico es un producto antrópico, históricamente definido y, en cuanto tal, expresión de las estructuras económicas y sociales de cada momento. A través de él, entonces, se puede entender a las diversas formaciones sociales. Con base en estas propuesta se hicieron numerosos diseños pedagógicos, mucho asociados a la *cartografía geohistórica*, que representa gráficamente estas dinámicas. Rápidamente se creó en torno a Tovar una escuela que ha producido muchos trabajos, nació incluso un tipo específico de cartografía geohistórica, al tiempo que en el Pedagógico de Caracas se creó un Centro de Investigaciones Geodidácticas, se editó la revista *Geodidáctica*, y en el Pedagógico de Maturín una Maestría en Enseñanza de la Geohistoria. En ocasiones, los geohistoriadores han sobrestimado la capacidad explicativa de su enfoque, considerando que sólo a través del espacio se puede entender a toda una sociedad; o han minimizado la importancia de otras variables, como las de la naturaleza –la geografía física– o los aspectos no económicos de la vida humana (acaso una vieja herencia de cierto tipo de marxismo). Su apego a un modelo les otorga muchas de las características del “historiador encubridor”, por ejemplo la de llegar a grandes conclusiones sin ahondar en los datos. Por estos y otros motivos, el resto de

36 Por ejemplo: Horacio Biord, *Niebla en las sierras. Los aborígenes de la región centro-norte de Venezuela (1550-1625)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2005; o Suzuky Gómez Castillo, *La Dolorita: ejercicio de reconstrucción histórica*, Caracas, Centro Nacional de Historia, 2009.

37 Ramón Tovar, “El enfoque geohistórico”, *Tiempo y espacio*, No. 1, Vol. I, enero-julio 1984, pp. 11-23 (el ensayo fue recogido dos años después en un libro titulado igual, *El enfoque geohistórico*, editado por la Academia Nacional de la Historia).

la academia ha sido más bien tibia en su entusiasmo hacia este enfoque; más allá de que muchos de estos problemas se deban más a las interpretaciones de sus exponentes, que a las potencialidades mismas que encierra; y de que sus potencialidades didácticas sea hayan comprobado en los salones de clase.

Por todo esto es una lástima que en otros ámbitos de la geografía histórica –dentro de la que incluimos a la historia territorial– que hace veinticinco o treinta años estaba tan fuerte con autores como Pedro Cunill Grau o José Ángel Rodríguez, acusen, con las excepciones del caso³⁸, una producción más bien baja. Aunque Cunill Grau publicó recientemente una *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*³⁹ que abre todo un camino y coordinó una monumental geografía de Venezuela⁴⁰, y otros autores como Manuel Donís Ríos continúan publicando⁴¹, en un momento en el que la geohistoria –al menos una de sus vertientes– debería,

si nos apegamos a la ley, entrar a los programas escolares, el interés por el tema no parece proporcional a su importancia en espacios distintos a los Pedagógicos.

5. *Una nueva historia social y cultural en ciernes*: Cuando en 1971 Elías Pino Iturrieta publicó *La mentalidad venezolana de la emancipación*⁴², sentaba las bases de una corriente que terminaría de cuajar veinte años después, hasta convertirse en una moda durante los años noventa⁴³. En conjunto puede hablarse de nueva historia social venezolana, distinta de la que en un momento impulsó Brito Figueroa, y que combina desde la influencia de la *Nouvelle Histoire* de la tercera generación de los *Annales*, hasta la “historia desde abajo” y el enfoque de género. Es una aproximación a lo social por la vía de lo cultural –mentalidades, imaginarios, sensibilidades– que ha abierto nuevos derroteros de investigación, y que por su naturaleza tiene un diálogo estrecho con los estudios culturales que se han venido desarrollando desde el ámbito de la literatura. Así hemos visto aparecer estudios sobre temas prácticamente vírgenes, como los de la moda, la mujer, los valores, la familia, la pobreza⁴⁴; así como un diálogo fructífero

38 Por ejemplo el caso de Luis Alberto Ramírez, *La tierra prometida del sur del lago de Maracaibo y la Villa y Puerto de San Antonio de Gibraltar (Siglos XVI-XVII)*, Caracas, Editorial El Perro y la Rana, 2011, dos tomos; o Lorena Puerta Bautista: *Los paisajes petroleros del Zulia en la mirada alemana (1920-1940)*, Caracas, Centro Nacional de Historia, 2010.

39 Pedro Cunill Grau, *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*, Caracas, Fundación Empresas Polar, 2011.

40 Pedro Cunill Grau, *Geo Venezuela*, Caracas, Fundación Empresas Polar, 2007, diez volúmenes.

41 Destáquense sus trabajos: *Historia territorial de la provincia de Mérida de Maracaibo (1573-1820)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2006; *Historia territorial y cartografía histórica venezolana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2010; y *la provincia de Guayana para mediados del siglo XVIII*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2013.

42 Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971

43 Dos libros muy influyentes entonces fueron: Elías Pino Iturrieta, *Contra lujuria, castidad. Historias de pecado en el siglo XVIII venezolano*, Caracas, Alfadil ediciones, 1992; y José Ángel Rodríguez, *Babilonia de pecados: norma y transgresión en Venezuela, siglo XVIII*, Caracas, Alfadil ediciones, 1998.

44 Para unos títulos representativos: Yuleida Artigas y Robert Castillo: *Linajes de la elite colonial Merideña: los García de Gaviria y los Avendaño. (Siglos XVI y XVII)*. Mérida, Editorial Venezolana, C.A, 1998; Carlos Federico Duarte, *La vida cotidiana en Venezuela durante los Siglos XVII, XVIII y comienzos del siglo*

con las artes plásticas y las letras que amplían el espectro de las fuentes. En la actualidad no hay una producción en el área tan abundante como quince años atrás, pero con lo que hay hecho, y con lo que se sigue haciendo, ya se cuenta con una visión de la vida venezolana insospechada para cuando comenzó a perfilarse la corriente. Es de notar que en este ámbito, como en los de la historia regional y la política, también se acusa una disminución del interés por la historia colonial. Probablemente en esto haya influido la preeminencia de algunos tópicos –como los asociados a la modernidad o la literatura, que en Venezuela tiene un real desarrollo a partir del siglo XIX– así como la presencia de

investigadores venidos de otras áreas, con poca experticia en la investigación de archivos y la paleografía. Naturalmente, como en todos los casos, hay aportes que no encajan en las corrientes dominantes, pero que no por eso dejan de ser significativos. Por ejemplo, el estudio de Ricardo Castillo Hidalgo sobre la sociedad y la economía de Cumaná en sus primeros años de implantación, analizados desde la perspectiva de sus relaciones interétnicas, demuestra todo lo que se queda aún por hacer, así como las posibilidades de la historia colonial –en especial la de los siglos XVI y XVII, tan poco estudiados últimamente– como un período de investigación válido⁴⁵. Otro tanto podría decirse del erudito trabajo de Luis Alberto Ramírez sobre el convento de las clarisas en Mérida⁴⁶.

6. *La historia económica, ¿la gran olvidada?*: Tal vez una de las consecuencias más significativas de la crisis del marxismo, fue la considerable disminución de los estudios de temas económicos. Catalina Banko y Asdrúbal Baptista⁴⁷, la primera desde la historia del pensamiento económico y el segundo desde la historia

XIX. Fundación Cisneros. Caracas 2001, dos volúmenes; Elías Pino Iturrieta, *País archipiélago. Venezuela, 1830-1859*, Caracas, Fundación Bigott, 2001; Dora Dávila (Edt.), *Historia, género y familia en Iberoamérica (siglos XVI al XX)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004; Mirla Alcibiades, *La heroica aventura de construir una república. Familia-nación en el ochocientos venezolano. 1830-1865*, Caracas, Monte Ávila Editores/CELARG, 2004; Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan, *Nación y Literatura: Itinerarios de la palabra en la cultura venezolana*, Caracas, Fundación Bigott, 2006; Inés Quintero: *nuevamente con La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Caracas, Fundación Bigott, 2005, y *con La palabra ignorada. La mujer: testigo oculto de la historia en Venezuela*. Fundación Empresas Polar, 2008; Antonio García Ponce, *Los pobres de Caracas, 1873-1907: un estudio de la pobreza urbana*, Caracas, Editorial Doy Fe, 2005; Antonio de Abreu Xavier, *La pasión criolla por el fashion: una historia de la pinta en la Venezuela del siglo XIX*, Caracas, Editorial Alfa, 2011; Emad Aboassi, *Ideas y letras durante la Guerra Federal*, Mérida, Universidad de los Andes, 2011; Cecilia Rodríguez Lehmann, *Con trazos de seda. Escrituras banales del siglo XIX*, Caracas, Fundavag ediciones, 2013.

45 Ricardo Ignacio Castillo Hidalgo, *Asentamiento español y articulación interétnica en Cumaná (1560-1620)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2005.

46 Luis Alberto Ramírez Méndez: *De la piedad a la riqueza. Convento de Santa Clara de Mérida. 1651-1874*. Mérida, Archivo Arquidiocesano de Mérida, Fuentes para la Historia Eclesiástica de Venezuela, 2005,

47 Véase, entre otros: Catalina Banko, *Régimen medinista e intervencionismo económico*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2001, y *Las haciendas y trapiches en la Venezuela del siglo XIX*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2006; Asdrúbal Baptista, *El relevo del capitalismo rentístico: hacia un nuevo balance de poder*, Caracas, Fundación Polar, 2004.

cuantitativa, han continuado haciendo estudios, a los que pueden sumarse algunos más en ámbitos específicos (por ejemplo, la historia empresarial), pero que, a diferencia de las otras corrientes, parece tener la urgencia de fomentar los estudios entre jóvenes investigadores, sobre todo en momentos en los cuales la sociedad venezolana se debate entre modelos económicos contrapuestos, en medio de la honda crisis del que venía teniendo desde la década de 1930.

A modo de conclusión: lo hecho y lo que falta por hacer.

Resumiendo, podría decirse que la historiografía venezolana sigue gozando de buena salud, aunque no sabemos en qué medida producto de los activos sembrados hace cuarenta años que continúan dando réditos hasta hoy. La des-profesionalización puede traer consecuencias importantes a mediano plazo. En todo caso, las tendencias que arrancan en la década de 1980 que, como hemos visto, fue especialmente fructífera para la elaboración de pensamiento histórico-historiográfico, en general lograron desarrollarse, imprimiendo virajes teóricos y metodológicos que demostraron ser muy importantes. En general ellas apuntaron hacia una ruptura con muchas de las versiones dominantes del marxismo antes de la Caída del Muro de Berlín, para dar paso, por ejemplo, a la historia intelectual en el ámbito de lo político; y a la nueva historia social, en el de la sociedad. Fueron cambios de paradigma que a su vez terminaron de reconfigurar los estudios regionales, donde la corriente, fundada por Brito Figueroa, que proponía estudiar los grandes problemas

a escala local, parece haberse impuesto, ahora alimentada con los problemas y los métodos de la nueva historia social. En buena medida, la historia venezolana ha sido rescrita bajo nuevos prismas y acaso sólo se requiere una obra capaz de ofrecer una panorámica general que la haga accesible al gran público.

Como se advirtió al principio, las corrientes citadas no son excluyentes de otras posibles (pensamos, por ejemplo, en todo lo que se ha hecho en historia de la educación⁴⁸), ni tampoco dejan de acusar vacíos en áreas y períodos tan esenciales como la historia colonial o la historia económica; pero en general marcan las tendencias de la producción historiográfica que se enfrenta en la actualidad a la situación política que ha despertado un inusitado interés por la historia, y al reto, dentro de este contexto, de investigar y explicar lo que celebramos en los bicentenarios; así como a los peligros profesionales que se ciernen sobre quienes ejercen el oficio de historiador. El tiempo dirá hacia cuál de las posibilidades -las que atisbamos o incluso barruntamos, o algunas otras que no vemos- desembocará todo esto. Entre tanto, la misión de seguir investigando, interpretando y comprendiendo, que es la misión del historiador, continúa con un entusiasmo que honra el panorama que Pérez Vila avizó veinticinco años atrás. Ojalá siga siendo así.

48 Pensemos, por ejemplo, en el monumental trabajo de Edda Samudio, José Del Rey Fajardo y Manuel Briceño Jáuregui, *El Colegio San Francisco Javier en la Mérida colonial: germen histórico de la Universidad e los Andes*, Mérida, Universidad de los Andes, 2005, Tres tomos.